

Imágenes del 68

Carlos Martínez Assad

Basta con mirar, recorrer una por una las fotografías para recrear la historia y volver a aquellos años, volver a un tiempo que se fue sin perderse de la memoria. Se trata de las imágenes del archivo fotográfico que resguarda el Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación de la serie realizada por Manuel Gutiérrez Paredes, Mariachito, fotógrafo de la Secretaría de Gobernación durante el periodo del presidente Gustavo Díaz Ordaz.

La serie fotográfica ha arrojado luz como para certificar la presencia del Batallón Olimpia la tarde del 2 de octubre en Tlatelolco; jóvenes con guante blanco en la mano izquierda y un arma en la derecha amagando a los líderes situados en el tercer piso del edificio Chihuahua. Difundida esa imagen por la revista *Proceso* (Número 1311, 16 de diciembre de 2001), el nombre del fotógrafo permaneció en el anonimato. Sin embargo, algunas de sus placas habían sido publicadas luego de la matanza; por ejemplo, aquella donde Florencio López Osuna, dirigente de la Escuela Superior de Economía del IPN aparecía en calzones y con la camisa usada para inutilizarlo, como si le hubieran cercenado los brazos. Estaba al lado de Luis González de Alba, sólo en pantalones y con el dorso descubierto. La humillación se expresa en esas fotografías en las que aparecieron los activistas semidesnudos apenas en trusas o calzoncillos bóxer, demarcados los rostros ante el horror de la matanza y de lo por venir.

Poca importancia tiene ya, a cuarenta años de los acontecimientos, los usos políticos que en su momento se dieron a dichas imágenes porque, aun los programas de comunicación diseñados por Joseph Goebbels durante los años del nazismo arrojan ahora testimonios que, con todo y la lamentable degradación del ser humano que exhiben, deben transmitirse para el aprendizaje de las nuevas generaciones sobre el autoritarismo. Fueron más

las imágenes que el fotógrafo al servicio de Gobernación tomó durante el transcurso del Movimiento Estudiantil.

Nadie que haya vivido las jornadas de 1968 puede olvidar y ver esas imágenes sin conmoverse porque, aunque con otra intención, mostraron a los jóvenes entusiastas de los mítines en CU, los marchistas de optimismo desbordado, los brigadistas en comunicación con el pueblo, los que acudimos con el rector Javier Barros Sierra a colocar la bandera a media asta después de que la fuerza pública rompió la puerta de San Ildefonso, los que tomamos las calles de la Ciudad de México con el orgullo de ser estudiantes. La manifestación silenciosa del 13 de agosto. También nos quedamos en el Zócalo después de la marcha del 27 de agosto de aquel año hasta que fuimos desalojados por las tanquetas del ejército. Somos los que celebramos el Grito de la Independencia el 15 de septiembre con Heberto Castillo en la explanada central de CU. Fuimos los humillados cuando el ejército ingresó por los pasillos de Filosofía y Letras el día 21 para luego seguir por debajo de los edificios de Derecho y del resto de las aulas, somos los que fuimos detenidos allí y en el Casco de Santo Tomás, somos los que el 2 de octubre en la Plaza de las Tres Culturas conocimos la guerra, la vejación y la muerte.

También nos improvisamos como escritores subversivos de frases cortas: “La juventud es el poder”, “Pueblo defiende a tu UNAM”, “La razón y la ley armas universitarias”, “Exigimos libertad”, “Luchamos por los derechos del pueblo mexicano”, “Los campesinos en lucha con los estudiantes por las libertades democráticas”, “No luchamos por la victoria, luchamos por la razón”, “Una cárcel para cada hijo te dio”.

Fuimos también pintores de brocha gorda para dibujar carteles con la emblemática paloma de la paz

atravesada por una lanza ensangrentada; gorilas con las leyendas: “Chango Díaz Ordaz”, “¡Pueblo quieres esta mano!”, “Díaz Ordaz: no queremos olimpiadas queremos fin a la miseria”. Barrotos carcelarios exigiendo libertad para los presos políticos; féretros llamados Constitución. Fuimos el Che y enarbolamos su imagen que entonces se sacralizaba con la leyenda: “Hasta la victoria siempre”.

Celebramos a los consagrados como Cuervas, Felguerez y otros más, utilizando como lienzo el cubo de lámina que en la explanada de Ciudad Universitaria envolvió lo que quedó, después de dos atentados dinamiteros, de la escultura del prepotente presidente Miguel Alemán.

Ver una y otra vez las imágenes del Movimiento de 1968 en México, aunque fueron tomadas con otra intención por el Mariachito, es pensar a la distancia en los movimientos estudiantiles de ese tiempo, es referirnos a la crisis del movimiento obrero y de los partidos socialistas, de las tensiones en el bloque soviético, en las nuevas formas del imperialismo de Estados Unidos expresado entonces en la invasión a Vietnam y el bloqueo a Cuba; es pensar en el crecimiento de las clases medias y en la creciente demanda de educación. En los años sesenta del siglo xx las universidades se convirtieron —como lo demuestran estas fotos sobre México—, en lugares donde miles de profesores y alumnos convivían día con día, para cuestionar los sistemas de enseñanza, las políticas estatales, los valores más tradicionales de las familias y la cultura vigente entonces.

Las universidades fueron refugios contestatarios, antisistémicos y contraculturales. Del mayo francés surgieron las primeras imágenes y proporcionó los contenidos de la revuelta estudiantil que se extendió como la lava de un volcán y las vetas que dejaba a su paso fueron arrasando indiscriminadamente con lo que encontraba.

La historia se ocupa de varias interrogaciones y busca arrojar luces para llegar a ciertas conclusiones. “Ésta es la razón por la cual la historia es también presente, pues el presente nos lleva hacia el pasado y el pasado no tiene sentido sino cuando está todavía vivo, actuando entre nosotros”, según la divisa de Fernand Braudel. Él mismo se interrogó en relación con el mayo francés de 1968, si podía tratarse de “una revolución cultural” que buscó demoler lo que antes existía, aunque no tuvo final porque: “Cuando sucede una revolución, es porque las máscaras antiguas se revelan como insuficientes para esa situación”. Pero hay que demoler las fachadas mientras la sociedad permanece aunque resiste como un espectáculo cambiante y móvil que asume rostros contradictorios.

Desde esa perspectiva Braudel vio el 68 como algo semejante al Renacimiento italiano que no tuvo consecuencias profundas, pero “sí creó un nuevo arte de vivir, transformó las reglas del juego”. De esa manera dio en el punto clave del significado de los movimientos estu-



© Ricardo Armijo Quintanilla / Jorge Benavente, México / 1968



© Adolfo Mexfite, México / Casa del Lago / 1968



diantiles y de cómo del Renacimiento surgió un hombre nuevo, individuos responsables de “su propia vida y también de su muerte”.

Para Emmanuel Wallerstein, 1968 fue más importante por las preguntas sobre el futuro que por su crítica al pasado. Pero su interpretación lo colocó como uno de los sucesos constitutivos del moderno “sistema mundo”. La protesta se encaminó contra la hegemonía de Estados Unidos con la aquiescencia de la Unión Soviética, pero fue, ante todo, un movimiento de contracultura opuesto a las formas burguesas de vida. Por eso el movimiento se expresó de forma inmediata en la moda (recuérdese la minifalda, la mezclilla, los cabellos lacios de las mujeres y la melena desordenada de los varones, como también lo constatan las imágenes), en la música (los consabidos Beatles, Rolling Stones, Leonard Cohen), en la literatura (Kerouac, Salinger, José Agustín) y en los nuevos comportamientos sexuales (el uso de la píldora más que del condón). “La revolución de 1968 tuvo, por supuesto y de forma particular, un fuerte componente de espontaneidad y la contracultura se convirtió en parte de la euforia revolucionaria”.

Vivimos ese movimiento contra los esquematismos de la vieja izquierda y fue “la tumba ideológica del concepto de ‘papel dirigente’ del proletariado industrial”,

como igualmente lo vio José Revueltas desde México. Se expresó también contra el sexismo y el racismo, pero fue profundamente individualista y despartidizante. Por eso con 1968 tuvieron un fuerte impulso nuevos movimientos sociales como los feministas o de género, urbanistas, de ecologistas, religiosos y de minorías.

Para Edgar Morin, lo que consideró la comuna juvenil irrumió entonces como una fuerza político social, algo que aspiraba a otra vida, a otra sociedad, a otra política. Era recuperar el sentido libertario de Montesquieu: “el derecho de todos a la libertad”. Era poder escribir esa aspiración en los muros de la ciudad, la afirmación individualista burguesa del mundo que nos pertenece.

Alain Touraine vio en el 68 una “revolución sin rostro, pues mil caras trascienden una movilización de nuevo tipo contra los aparatos de integración, de manipulación que cuestiona la tecnocracia omnipresente”. Y a Michel de Certeau le pareció un movimiento en el que “tomamos la palabra como se tomó la Bastilla en 1789”.

Los planteamientos buscaban en general repolitizar a la sociedad y desestatizar la política, darle un contenido diferente antisistémico a las formas de funcionamiento de las instituciones. Las barricadas no fueron para destruir el capitalismo sino para consolidarlo, para modernizarlo.

Fuimos también pintores de brocha gorda para dibujar carteles con la emblemática paloma de la paz atravesada por una lanza ensangrentada.

Desde esa perspectiva Régis Debray llamó al movimiento “la cuna de la nueva sociedad burguesa”. Quizás en esa perspectiva Raymond Aron lo calificó como “un psicodrama” o simple y despectivamente “el carnaval de mayo”, provocando fuertes reacciones críticas.

En la búsqueda de la libertad extendida como uno de los derechos ciudadanos, sin tomar el poder se dio un cambio significativo, que abarcó a toda la sociedad. Aun los estudiantes que no se sumaron a las huestes movilizadas se beneficiaron de los cambios en los sistemas escolares, contra las pautas autoritarias y patrones decimonónicos de enseñanza; las generaciones subsecuentes se han favorecido con las libertades obtenidas para asumir la libertad sexual; las mujeres sin ser feministas han tomado todo lo que les beneficia de los movimientos que luchan con esa reivindicación. En fin, se trata del cambio de las pautas de conducta que ahora resultan intrínsecas a las extensas clases medias por todo el mundo.

“La primera prefiguración del siglo XXI”, llamó Carlos Fuentes a ese movimiento. Lo acontecido en México con el movimiento estudiantil, extendido a los de otros países, podría definirse como una revolución sin revolución porque no atentó contra el Estado, fue apenas la denuncia del autoritarismo y de la fragilidad de las instituciones democráticas, fue la protesta contra la falta de libertades y en favor de la igualdad en un sentido jurídico. En 1968 en México se abrió una grieta en el sistema político mexicano, según Octavio Paz, por “la zona de sus mayores beneficiarios, los hijos de la clase media”. Y como no estaba acostumbrado a ese tipo de disidencia empleó los mismos métodos violentos utilizados contra los obreros y campesinos.

La terrible represión que fue en escalada hasta el 2 de octubre en la matanza de Tlatelolco, cuyo testimonio fotográfico aún eriza la piel, establecería serias diferencias con otros movimientos estudiantiles que entonces impidieron notar las semejanzas. A cuarenta años de los acontecimientos, se puede afirmar con Braudel que la fachada ha cambiado aunque la sociedad permanece, que el movimiento estudiantil no abrió las puertas hacia el cambio socialista como pensamos con buena dosis de utopía; tampoco fue el preámbulo a la formación de un orden diferente al burgués, y de la organización de entonces no surgió la gran alternativa de una izquierda. Sólo se logró, y fue importante, contribuir a la modernización del sistema político y del Estado, acaso acelerar el paso a la democracia tan invocada en todo momento, tal como se adelantó en el siguiente gobierno al disminuir la edad del voto de veintiún a dieciocho años.

Los cambios que ese año se iniciaron han enriquecido la nueva cultura política, como afirmó recientemente Daniel Cohn-Bendit: “El 68 quería que los individuos reivindicaran su libertad de vida cotidiana, la eclosión de

la música, la nueva relación entre hombres y mujeres, la vida, la sexualidad...” (*El País*, 11 de mayo de 2008). En México también se expresó esa libertad igualitaria con justicia y contribuyó a la defensa de los derechos ciudadanos. La libertad individual se defiende a capa y espada en un mundo que la acepta como uno de los valores de la posmodernidad. Pero aún puede esperarse ampliar a todo el conjunto social en esa aspiración que, aunque más realista, conserva algo de la utopía original: la que no reconoce diferencias de clase, de género, de religión, de preferencias sexuales.

Sí, las imágenes que nos llegan del pasado nos hacen ver también que la sociedad cambió (no puede repetirse una matanza como la del 2 de octubre, aunque sí las de Aguas Blancas o Acteal). La sociedad no puede ser la misma con el terrorismo que dificulta los intercambios internacionales, la globalización acelerada que arrasa con los nacionalismos y la amenaza catastrofista de lo que trae consigo el cambio climático.

Con el 68 y esas imágenes que llevamos dentro para constatarlo, la sociedad cambió de máscara pero en esencia es la misma con sus prejuicios y su conservadurismo, eso sí, se transformaron las reglas del juego político en su eterna capacidad de gatopardismo. No podía ser de otra forma luego de haber pasado por la rebeldía de una revolución sin revolución.



© Javier Caralago / Contraste